

## **EL GANSO PARLANTE**

Fernando López

**(Cuento)**

**DE : Lo implacable, Gogol, Mar del Plata, 2020**

Conservo en la memoria el fuego perverso que consume el esqueleto del ganso, aún Cerguido y luchando contra una muerte injusta a que fue condenado por la Historia. Me mira con sus ojos inocentes. Mudo para siempre, se lleva en su lengua de madera y en su vientre hueco tantas verdades inenarrables. Justo Victorica ha cumplido la mitad de su misión. Dilata el resto porque intuye cosas y quiere averiguarlo todo. Horas después del sacrificio ya no es el mismo y me atrevo a pensar que no cumplirá la orden de matarme. Ahora ríe, disfruta del oro que ganó mientras me arrastro agotado sin hallar el hormiguero. Es casi el alba, los caballos relinchan, quieren volver a su descanso inmerecidamente trunco. He rechazado el tordillo porque mi fuga no tiene sentido si no recupero mi presente. Salí de una pesadilla para entrar en otra arrogándome el derecho de ser impune en ambas, como si toda imprudencia debiera serme perdonada. Justo Victorica no luce imaginativo. Es incapaz de inventar una mentira semejante.

Quando todo termine escribiré la novela de mi vida. Quiero contar el torbellino de locura a partir del hallazgo en el parque, con esa minucia que el recuento simple y apurado no habrá de permitirme en estas circunstancias. Mi vida con Enriqueta, la historia del ganso, mi entrada a ese mundo de la mano del muchacho que el Teniente Alcalde hizo apresar –vaya pretexto– porque no tenía papeleta de conchabo. ¿Cómo no hacerlo si estoy vivo aún y pese a todo?

A la pobre Luisa no le faltaban motivos para vivir insatisfecha. Yo dedicaba demasiado tiempo a buscar en las fabulaciones de otros, como en la propia oscuridad del subconsciente, los temas para mis ficciones. Ella tenía razón si se mira por el lado del dinero, siempre escaso en la medida de sus pretensiones, y no perdía ocasión de hostigar mis clausuras cotidianas. Su paciencia cumplió diez años leyendo lo mío con un estoicismo que comenzaba a agotarse. Cumplía mi horario en Tribunales para encerrarme después en el escritorio de mi casa, y Osvaldo era el único que se atrevía a interrumpirme para compartir temas de historia, de política, la segunda dimensión del tiempo o la belleza madura de alguna hembra adolescente. Heredó el estudio jurídico de ambos y logró una buena fortuna, algo que Luisa no estaba dispuesta a perdonarme. De tanto en tanto Osvaldo preparaba platos de comida china o proponía paseos con su esposa, y eso ayudaba a romper la cáscara helada del cuerpo de Luisa. Eran ocasiones

propicias para poner a funcionar sus mecanismos de placer, que despertaban cuando mis dientes recorrían su espalda con minuciosa lentitud.

A veces no soportaba estar en mi casa y salía a caminar con el grabador de cinta. Creaba situaciones ridículas o esbozaba desconciertos, dejándome llevar hacia una realidad que no era cotidiana y palpable como la auténtica. Cada vez iba más lejos por los caminos de la ciudad. Visité las casas abandonadas, la estación del ferrocarril, el viejo asilo de ancianos vecino al matadero. Las fondas de los suburbios y el cottolengo hipotecaron los intentos más espeluznantes. Me tenté de enviar anónimos anunciando traiciones y catalepsias, aun consciente de que los medios de comunicación malograrían todos los intentos: hoy nadie se asusta mientras no le confirmen la noticia. A veces me preguntaba si todo ese tiempo no estaría mejor aprovechado haciendo dinero para satisfacer a Luisa. ¡Pero es tan lindo soñar! El día que comenzó mi tragedia estaba echado en un cantero del parque. Me deleitaba imaginando a una mujer como Enriqueta, dulce, adolescente, capaz de enamorarse con solo un par de versos, cuando descubrí esa luz intensa, ese cielo que asomaba por la boca de un hormiguero abandonado. Lo juro: estaba tan lúcido y despierto como en un mañana de oficina. Hurgué para agrandar el agujero y no solo el cielo, también el sol, la misma brisa y un canto similar de pájaros creció bajo la tierra blanda. No era la continuación del mundo de la superficie ni tampoco su reverso, los árboles no crecían hacia abajo y el cielo estaba bien arriba como debe ser. ¡Quién cerraría los ojos ante tamaña fascinación!

Crucé. Me recibieron los mismos colores, el olor de cada cosa y las voces, repitiendo una canción escuchada en el que siempre fue mi mundo hasta ese día. Ya no escuché el bullicio de los automóviles y eso me alegró, pero apenas si tuve tiempo de avanzar un paso. Todos los ruidos quedaron sepultados bajo el rumor de cascos de caballos que retumbaban hacia el horizonte: un grupo de hombres uniformados batía el pajonal detrás de un fugitivo. Cuando el joven se derrumbó cayeron sobre él y lo golpearon con una brutalidad que no parecía real. Me costaba creer lo que veía. Busqué entre los árboles y el caserío signos de que estaba ante una escena violenta de una película de gauchos. Me mantuve inmóvil, solo reaccioné cuando el muchacho cesó de resistir y echó una bocanada de sangre. Les grité: “¡Déjenlo, asesinos!” Fue como llamar cobarde a un general. El jefe de la partida, un gigantón que apenas resistía la presión de la ropa sobre el cuerpo, se vino como para echárseme encima. Traté de recordar dónde había visto uniformes semejantes, pero la urgencia de la situación no me permitió ubicarme en la época. De modo incierto calculé que el cuadro respondía a la campaña o el suburbio del que hablaron los hombres del siglo XIX, porque ésa parecía ser – y así ocurrió – la leva de un vagabundo. El gigante no se dejó impresionar por mis pantalones de jean, camisa escocesa y zapatillas de básquet.

—Muéstreme su papeleta.

Yo no llevaba documentos. No habrían servido en todo caso. Le dije que no era nadie para pedirme nada. Secó su frente y quiso tomarme del brazo pero no se lo permití.

—Va a tener que acompañarme.

Sentí miedo porque su gesto y el de los otros era demencial, pensé que no tendrían empacho en castigar mi insolencia. ¿Qué estaba haciendo yo allí? Me rodearon.

—Trabajo en el Juzgado del Crimen –dije y eso era cierto según cómo se mire—. No llevo mis papeles. Identifíquese por favor.

Me miraron sin saber qué hacer.

—Soy el Teniente Alcalde Justo Victorica.

Siguieron mirándome. Un hombre tensó su lazo a la espera de que el grandote le ordenara saltar sobre mí. Para ser actores, tenían un olor innecesariamente antiguo sobre el cuerpo.

—Me llamo Santiago Rojas —inventé—. ¡No habrá pensado que soy un vagabundo! Este aparato lo compré en Europa y es buena prueba de mi fortuna.

Escuche usted.

Rebobiné la cinta del grabador y pulsé el botón reproductor. *Twist and shouts* de los Beatles sonó como una bomba entre los milicos asustados. En sus ojos confirmé que eran reales, pagados para reprimir la vagancia y alimentar con otros hombres los ejércitos de línea y la naciente industria del campo, más de cien años hacia atrás. Apagué el aparato porque la expresión de esos seres no me favorecía para intentar una fuga ni para quedarme a observarlos. Los frenaba lo desconocido como a mí me empujaba el saberme poderoso, pensé que el tema que tantas veces se me había escapado se corporizaba en mis narices. Volver a meterme en el agujero era perder, era “enterrarme vivo”, al menos sin intentar un paseo por esa realidad que para muchos es paralela o simultánea con la nuestra. ¿Quién puede afirmar la linealidad del tiempo y de la Historia? Nadie. El dilema pasó de la ciencia a la literatura y otra vez a la ciencia. Con Osvaldo habíamos leído bastante: nada está dicho todavía, todo está enunciado pero vacío de experiencia.

El Teniente Alcalde perdonó la vida del muchacho bajo la promesa de ocuparlo a mi servicio, si es que servía para algo. Lo había convencido de que yo no era un vago despreciable y eso era un triunfo, claro que Luisa, de haber estado, se habría reído a carcajadas. Después de que se fueron los milicos se arrimaron otros hombres para ayudarme en el traslado del herido. En un boliche cercano le dieron ginebra, pero su estado era tan calamitoso que decidieron cargarlo en un carro para llevarlo a un doctor. Yo me sentía un bicho raro entre tantos paisanos. Traté de ocultar las teclas del grabador. ¿A quién iba a explicarle? No quería romper la magia del cambio hasta ver un poco más. La muletilla del extrañamiento era perfecta para justificar mi vestimenta, la tonadita refinada y todo el conjunto que no encajaba con el resto. En una punta del mostrador había ropa y aperos a la venta, demostré interés pero les dije que andaba sin dinero. Estaba demasiado tenso el ambiente, ni ganas tenía de prestar atención a las cosas para poder escribirlas. Alguien le pidió a Sardetti —el dueño del boliche— que me vendiera un buen traje y lo anotara en su cuenta. “Reste lo que me debe, después arreglamos.” El entusiasmo por ser integrado me empujó a aceptar sin siquiera preguntar el nombre de mi benefactor. Vestido como ellos las cosas dejaron de parecerme trágicas. Me dejé llevar junto al herido hacia la casa del médico sin perder un detalle de lo que pasaba a mi alrededor. El pueblo no era distinto de esos poblados del interior que dejaron de crecer al ritmo de las grandes ciudades, para estancarse y comenzar a morir sin dar aviso. Eso me deparó una suerte de decepción porque no era un mundo fantástico lo que estaba descubriendo. Los niños me dieron la pauta más certera: rondas, hamacas, muñecas, los mismos juegos de hoy. Apenas un rato después dejé de extrañar el bullicio de los automóviles, la polución, las tandas publicitarias con hembras de lujo. Tuve paz, Luisa diría que estaba paseando mis bolas de plomo disfrazado de gaucho.

Le confieso que estoy perdido y me da una pala para que mueva la tierra. El sitio es exacto, sólo se trata de fijar la vista para descubrir el otro cielo. Quizá el agua de esta lluvia aparece como una vertiente en el reverso de la noche, pila bautismal de la locura. Quisiera gritar, pero un tiro de pistola callaría para siempre este capítulo ignorado de

la Historia, mi viaje sería un sueño inútil y mi mujer se saldría con la suya. Debo forzar la imaginación, ofrecer algo más a Victorica para dejarlo satisfecho.

El médico revisó al muchacho con la minucia del mejor clínico y no se dejó impresionar por la tos sanguinolenta que de a ratos lo convulsionaba. Tuve envidia de tanta parsimonia, como también de la cultura de que hizo gala ese hombre. Me contó de sus viajes por Europa, y no tuve ninguna dificultad para identificar los puntos de su itinerario. Solo discrepábamos en la antigüedad de algunas obras de arte o en llamar modernos a determinados artistas. ¡Qué deliciosa conversación! Hablaba mientras cosía el labio del muchacho, interrumpiéndose para escrutar su sangre en la bacinilla que sostenía yo. Terminó su tarea de costura, lavó las otras heridas y le vendó la caja torácica para inmovilizar las costillas fisuradas. No me dejó marchar con los que se llevaron al herido.

—Tiene que quedarse a cenar. Sería una pena que no terminemos de conocernos.

Faltaba un rato para la cena. Nos sentamos en el jardín y una muchacha del servicio nos dio un mate con canela. Mi reloj, que miré para tener noción del día más que de la hora, parecía no avanzar aunque no se hubiera detenido: llegó la noche y yo tenía las cinco de la tarde. Perdí una parte de la hermosa charla buscando un almanaque. No quería delatar mi irrealidad preguntando la fecha y pensaba encontrarla en algún periódico o acontecimiento revelador. Rato después llegó de misa la mujer y se alegró de que me quedara a cenar. “Mi esposo en el club se aburre, sus amigos no tienen un buen nivel cultural.” No supe qué contestarle cuando preguntó mi ocupación. Ni don Carlos Hidalgo ni yo nos habíamos percatado de que debía tener alguna.

—Soy abogado. También soy escritor.

Le dije que vivía en la capital, arriesgando sin saber a ciencia cierta en qué lugar del país —porque era sin duda mi país— estábamos viviendo.

—Me gusta mucho viajar —concluí.

Pasamos al comedor. La niña que me quitó el aliento estaba lista para sentarse a la mesa. Su rostro bellísimo, cuerpo y modales exquisitos, hicieron perder la cabeza a este varón del siglo XX. El camino del purgatorio suele llevar también al paraíso. A su lado estaba el menor, apenas púber.

—Mis hijos, Enriqueta y Manuel —dijo la madre.

Alguna vez nos asociamos con Osvaldo en la conquista de mujeres hermosas. Yo era la voz cantante y él la pinta, con su cabello rojo y un aire de angelito desvalido capaz de romper un cerco de hierro. Creíamos que nada nuevo podía llegar a conmovernos, estábamos seguros. ¡Cómo me hubiera gustado que estuvieras conmigo, pichón de hijo de puta!

El tordillo aguarda que lo monte para llevarme a la noche. Mastica su pienso. Justo Victorica fuma, bebe; el otro caballo escarba el lodazal. Todas las bestias ocupadas. Sí, recuerdo la boca de Luisa y su cabello revuelto, la espalda rendida a mordiscones. Lo mejor que me ha dado lo recuerdo pero más allá no avanzo, es una historia que se me niega porque me duele imaginarla, porque sufro, y doy vueltas en redondo como atado a una noria invisible sin hallar el hormiguero. El milico ríe, me ve cavar y cavar para salvar mi vida, ríe porque alguno de los pozos ha de servirle —lo estoy adivinando— para ocultar mi cuerpo acribillado.

Seducir a Enriqueta. Ventilar sus pechos, estrenarlos un domingo al alba mientras suenan las campanas llamando a la primera misa, sábanas de seda, un dolor abajo que tiende a romper para ser libre. Quiero volver a sentirme adolescente. Se ubica en la mesa a mi derecha. ¿Qué me importa el clima de Mallorca? Arena, ruedo, flamenco, bah. Le toco el pie con la punta del zapato. Retrocede, mira al padre como si atendiera lo que está diciendo. Quiero hacerla cómplice de mí para empezar la conquista. Vuelvo a tocarla. Se queda quieta, se ruboriza. Levanto la copa de vino y propongo un brindis por el encuentro para que ella sonría. Busco el ruedo del vestido y toco su pantorrilla, sigo subiendo sin que se mueva. Estaba mirando a don Carlos cuando Enriqueta llevó su mano a la altura del pecho, al prendedor de brillantes. No la vi. Solo sentí el pinchazo a través del cuero de la bota y no pude contener el grito. La palabra de don Carlos se congeló en el aire.

—¿Está usted bien? —preguntó la mocosa.

Exageré bastante y logré que su rostro se demudara. Bailé sobre el pie sano un lamento que arrancó a la familia de su sitio.

—¿Qué le ocurre? —preguntó don Carlos.

Me tomé algún tiempo.

—Es un dolor que vuelve siempre. Tengo una bala en el tobillo. Un duelo.

No me pareció suficiente y agregué:

—Fue en Inglaterra.

—Déjeme revisarlo.

—¡No es necesario!

—Por favor.

—De ninguna manera. Ya está pasando. Lamento haber interrumpido nuestra cena.

¿Cómo resistir a la tentación de seducirla? Después de escucharla interpretando a Liszt salimos a dar un paseo. Mil veces me pidió perdón y mil veces lo negué para obligarla a besarme. En cada esquina acentuaba mi reingenuidad buscando apoyarme en ella, fue tan generosa que en el abrazo tierno el deseo de besarnos surgió como una necesidad. ¿Cuántos años de matrimonio me privaron de semejantes placeres? El peso de la traición me hizo pensar en el regreso a casa. ¿No era suficiente? Luisa me iba a hacer un escándalo si volvía demasiado tarde. Me cansé, me harté de besarla.

—Volvamos, por favor.

—Te amo.

—Llévame a casa. No debo... Estoy comprometida.

—¿Qué sientes por mí?

—Por favor, no me confundas.

Don Carlos me invitó a quedarme cuando le comuniqué mi deseo de reponerme antes de volver a la capital. Favor que me hizo, pero con trampa. Aproveché cada minuto para ofrecer mi amor a Enriqueta, obsesionado por vencer su promesa de guardarse para Pablo Estrada. No todo salió bien. En charlas con Pablo y con don Carlos saltó a la mesa la discusión política. No es que yo me ubicara del lado del gobierno ni que ellos se opusieran al progreso de los “liberales”. Tampoco di mi punto de vista cuando hicieron la defensa encendida del obispo Clara y los valores del catolicismo, porque sabía que con el tiempo las dos corrientes habrían de fusionarse.

Solo cometí el error de sincerarme en lo relativo a mis convicciones religiosas: harto de escuchar sandeces contra el positivismo laico, les confesé que estaba lejos de Dios. Habían descubierto algo raro en ese personaje que no parecía dispuesto a marcharse. Preguntaron si era casado, por mis asuntos, por el dolor en la pierna. Ninguna respuesta fue suficiente cuando Manuel pulsó la tecla del grabador y los Beatles atronaron, junto a Liszt, en el salón francés de los Hidalgo. Don Carlos sabe que su hija reparte afectos entre un católico de ley y un bárbaro ateo y duerme con un ojo para vigilar su dormitorio. Pero no puede prever mi carta ganadora: a diferencia de Pablo, yo metí las manos en el cuerpo de su hija.

Cuando me echaron de la casa Enriqueta se las ingenió para entregarme un papel. Íbamos a vernos en casa de Santiago, hermano y enemigo de su padre por masón y liberal. “Nadie nos va a molestar.” Mi reloj de cuarzo había avanzado un par de días en un mes, confirmando la tesis de que si bien los tiempos coexisten no hay razón para que evolucionen simultáneos. ¡Me salía de la vaina por decírselo a Osvaldo! Luisa estará enojada lo que no aparezco, pensé. Quería volver. La extrañaba a ella y a los chicos, pero no antes de saciarme con esa joven majestuosa. El tío Santiago era carpintero. Un santo varón de vista gorda. Al fondo del galpón, sobre un lecho de viruta y polvo, mi sangre enceguecida atropelló la inocencia de Enriqueta.

Ahora estoy embarrado hasta los ojos, sigo escarbando, como un topo. El infame ha dejado de reír. Si tuviera una Lefauchaux no sería mío este lamento. ¿Por qué no me quedé a gozar del aire acondicionado cuando pasé por casa? La idea de volver no tenía sentido, pero no estaba satisfecho. Quería ver más de este país, Enriqueta estaba loca de amor por este vago que recitaba “verde que te quiero verde” o “puedo escribir los versos más tristes esta noche”. Tuve miedo de perder el trabajo, estaba confundido sobre lo que quería en realidad. Anduve por las calles de mi ciudad sin decidirme a enfrentar los reproches de mi esposa, no todavía, mirando las carteleras de los cines, los avisos publicitarios, sin una moneda para tomar un taxi. Llegué a casa cerca de la noche. Todo estaba oscuro. Busqué la llave donde sabemos dejarla y entré sin hacer ruido. Habían salido. Comí una porción de canelones fríos que encontré en el horno, me quité las zapatillas y anduve un rato largo revolviendo papeles en el escritorio. Quise enterarme de lo ocurrido esos días. Primera página: 1.500.000 desocupados. Di vuelta la hoja. En policiales, a seis columnas, la noticia del momento. Los diarios especulaban sobre las causas de mi desaparición, pero no hallaban razones de peso tratándose de un funcionario judicial de escasa jerarquía. Osvaldo aparecía en las fotos acompañando a Luisa ante los organismos de seguridad, la Justicia, el propio ministro del interior, quien negaba rotundamente la posibilidad de un secuestro político. Pensar en los chicos me hizo llorar, pero solo fue un instante. No me sentí cruel cuando decidí marcharme. ¿Acaso no se da en la vida una sola ocasión para ser rico? Habíamos hablado con el tío Santiago de armar un ganso de madera y montar un espectáculo para niños. Él ya tenía diseñados los engranajes para hacerlo caminar y mover el pico, como si hablara, más un par de payasos y canciones infantiles. Pero sentado en mi escritorio nació la gran idea: el ganso parlante.

Borré las huellas de mi paso pero decidí ofrecer a Luisa la certeza de que estaba vivo. Busqué unos libros, algo de dinero, necesitaba comprar pilas para que funcionara el grabador. No encontré un centavo pero sí la chequera. Rastreando se darían cuenta de que lo había llenado yo, aunque jamás entenderían para qué compré esa cantidad de pilas en el kiosco de siempre con un cheque al portador. La ventaja de la gran ciudad: te conocen de todos los días porque te venden cigarrillos y caramelos, pero no saben quién sos. Después fui al correo y eché una carta sin remitente: “Querida Luisa: estoy bien. Aún no me han dicho qué quieren, quiénes son ni por qué me eligieron a

mí. Dicen que me van a soltar, pero no cuándo. Quedate tranquila. Cuando termine este episodio podremos ser felices.”

Ya no cavo más, no quiero ahorrarle el trabajo. Justo Victorica ha dejado de reír. Me teme. Debo hallar una fórmula que salve mi vida y su apetito.

A Pablo le dolió como una estocada el abandono de Enriqueta. Yo los espiaba, no quería enfrentarme con el joven despechado. Los padres de ella se opusieron a nuestra boda y hablaron con el sacerdote de su parroquia, pero no me iban a ganar en el arte de fabular. La honra de la muchacha puesta en duda... ¡por un agujero en el preservativo! “Tripa mala, padre.” Santiago nos prestó una finca cerca del río para la luna de miel, que fue demasiado breve por la ansiedad de terminar el ganso. Habíamos construido el esqueleto y en menos de un mes quedó listo. Era cómico verlo caminar mansamente y entra al ruedo graznando tirado por Enriqueta. Su sola estructura de tres metros de alto y dos de ancho, moviéndose como si una voluntad interior lo impulsara a hacerlo, arrancaba el unánime aplauso de la concurrencia. Después de los payasos –que dejaron de ser útiles cuando el espectáculo perdió la inocencia– entraba yo con la guitarra al hombro y me sentaba a hablar con el público de cosas de la época. La lucha de exterminio contra el indio y el gaucho, la compulsión de la leva que llevaba adelante el gobierno de la capital, constituyeron la primera materia de mi canto. No había definido bien su contenido, pero la efervescencia despertada por Hernández y Lussich, y el componente masivo de mi público, me urgieron a cantar la epopeya de los desheredados. ¿Quién se iba a acercar a esa carpa llamada “¿La Milagrosa”, ubicada en los suburbios, si no la gente de campo, los peones del matadero, soldados lisiados en los esteros del Iberá y algunos pequeños propietarios sobrevivientes de las nuevas leyes económicas, que gustaban de escuchar su historia interpretada desde un futuro simultáneo? Así era mi canto:

*No son amigos ni hermanos  
del indio sotreta y maula  
nuestros queridos paisanos;  
no han hecho la misma jaula  
pa'que estos bravos gorriones  
dejen vagancia y malones.*

*Así aprovecha el gobierno  
pa' mantenerlos a tiro,  
con cara de abuelo tierno  
y el alma llena e'suspiros:  
viven pensando en Europa  
y acá nos manda la tropa.*

O así:

*Soldado que no caminas,  
soldado callado y manco,  
quisiera que tú me digas  
con tu voz, valiente y franco:  
¿acaso puedes contar  
para quién fuiste a pelear?*

Y un montón de rimas imperfectas con música de milonga. Después de mi recital una pequeña banda anunciaba la entrada del ganso. “Señoras y señores, pido silencio por favor.” Aguardaba hasta que se hacía imposible prolongar la espera.

“¿Quién dice que los animales no hablan?” Señalaba luego a distintas personas del público: “¿Acaso no habla su mujer? ¿Y su marido? ¿Nadie tiene un loro que sepa insultar a la suegra?” Hacía otra pausa para aventar las risas. “El gran Esopo, seiscientos años antes de Cristo, dijo entender el idioma de las bestias. Doscientos años después el genial Aristófanes prestó su voz a la abubilla, ave de hermoso plumaje, a quien Eveltides decía: porque en otro tiempo tuviste deudas, como nosotros, y en otro tiempo te gusta no pagarlas, como a nosotros. Después, cuando fuiste transformado en ave, recorriste en tu vuelo todos los mares y tierras, y llegaste a reunir la experiencia del pájaro y la del hombre.” Siempre había sonrisas, y al hacer el anuncio el aplauso era cerrado y total: “Señoras y señores, ahora sí. El más maravilloso espectáculo de todos los tiempos: ¡el Ganso Parlante!”

Arreciaba el tambor, los niños bajaban al mínimo las lámparas a querosene y el armatoste aparecía graznando por detrás de un cortinado negro. El comienzo del número variaba todas las semanas porque mucha gente volvía, traían a sus parientes, a sus amigos, les daba gusto gastarse la paga para saber el último vaticinio del ganso. Yo recorría la pista, y si divisaba entre el público alguna bella mujer preguntaba: “Ganso, ¿sabes hablar?” El armatoste graznaba. “¿Me lo puedes demostrar?” Graznaba otra vez. “¿Cuál es la mujer más hermosa de todas las presentes?” “La rubia grrr... de la segunda fila.” A veces rasgaba la guitarra y el ganso tarareaba, o cantábamos a dúo canciones de Manuel J. Castilla o de Serrat, o recitaba poemas de Alberti, Vinicius y Lugones como si fueran de mi cosecha. Yo cantaba un verso y el ganso el siguiente, o se empacaba y no me dejaba seguir, en fin, ensayamos infinidad de variantes con Santiago y Enriqueta buscando mejorar el contenido humorístico del número. Lo que más me divertía era cuando el ganso fingía ser una pata. “¡Eres un ganso!” “Cua cuánta” “¡Tonto! ¿Qué te ocurre?” “Cua cuánta.” Hacíamos las paces y me confiaba su secreto. “Estoy embarazada.” Jugábamos a que sí, que no, que yo no le creía. Se escuchaban ruidos dentro de su panza, se abría un agujero y un huevo de madera rodaba por la pista.

El suceso inicial fue más allá de lo que habíamos imaginado. No dábamos abasto. La enorme cantidad de gente que se agolpaba alrededor de la carpa, venida a veces de la capital o de pueblos cercanos a la frontera, nos obligaba a dar hasta tres funciones por día los fines de semana, pero el esfuerzo que hacíamos se vio compensado por la montaña de dinero que quedaba en caja. Tío Santiago –que se guardó muy bien de preguntarme nada– nos regaló su parte, a condición de que en la semana lo liberáramos pues quería dedicarse a su oficio. Casi todo lo invertíamos en oro o en tierras. Aprovechamos la especulación desatada por la venta de los campos ganados al desierto en el marco de la primera gran crisis económica del país, lo que aumentó a más del doble la fortuna que veníamos acumulando.

Justo Victorica piensa en la propuesta que le hice. No es demasiado inteligente, pero quiere ponerse a salvo para siempre. Sabe que en cualquier momento voy a superar el trance que me mantiene atado a su tiempo. Adivina que tengo voluntad y, a juzgar por el ganso, también imaginación. Piensa, se rasca los testículos. Se ha vengado con creces de mi desplante tecnológico y en cierto modo ha vengado a la gente que nos teme.

También los inmigrantes fueron a ver el espectáculo: primero los españoles y vascos, después los alemanes, los italianos. El gancho fue un volante que repartí en la puerta de los conventillos. Nunca agradecí tanto a mis padres la niñez ilustrada que me dieron: guitarra, idiomas y dibujo. Preparé recitados en italiano y alemán, que formaron parte central del espectáculo con historias contadas por mi abuela, de quien no pude encontrar antepasados. No recordaba la fecha de su llegada al país y fue un esfuerzo inútil, compensado con la visión directa y descarnada del hacinamiento a que estaban condenados. Conté para ellos una leyenda que hablaba de un futuro promisorio, si lograban poner un pie en la tierra que les era negada por los especuladores. También hice loas al trabajo del orfebre, puntada inicial para una industria moderna y competitiva que acaso no llegaran a ver desarrollarse. Enriqueta no me acompañaba en mis visitas al Hotel de Inmigrantes, ni a los predios destinados al puerto y los docks pero sí le gustaba acompañarme al Banco porque nos quedábamos en un hotel y la llevaba a comer, al teatro o a pasear en tranvía. Nos dábamos buena vida en virtud de la abundancia que dichosamente nos prodigaba el “animal mitológico”, como solía llamar al ganso mi esposa adolescente. Una vida que Luisa me reclamó durante mucho tiempo y que ahora pensaba darle, ¡por fin!, si todo salía como estaba calculado. El negocio de la tierra, fácil y seguro por las vinculaciones de tío Santiago, me planteaba un conflicto que resolví rápidamente: no me la podía llevar en el bolsillo, debía transformarla en dinero y a este en oro. Montamos una oficina a cargo de Santiago, que vendió más de 50.000 hectáreas a lo largo de los ríos a inmigrantes y compañías colonizadoras. El tío y Enriqueta no entendían esos negocios de compra y venta, que sucedían en la medida que el precio bajaba o subía, ni el sentido de acumular el oro en mi caja fuerte en vez de comprarnos una hermosa residencia en zona norte. Querían que dejáramos el espectáculo por otra actividad más acorde con lo que éramos, frecuentar otra gente de mejor ubicación social que la chusma suburbana o extranjera. Fueron pequeñas—grandes—cosas que apuraron el proceso de retorno. Sentí esa necesidad de darme esa vida de lujos pero en mi tiempo, con Luisa, permitirme satisfacciones como impedir que Osvaldo pague nuestras salidas, o provocar la sonrisa de mi mujer verdadera con un regalo valioso. Comprendí que el precio del tiempo se paga en oro, que solo puede ser dueño del futuro en un presente cualquiera quien tiene poder para comprarlo.

Nos fuimos a la capital y el público cambió. Reformamos una casona con mucho lujo francés para atraer a la gente de galera y jaquet. Las bombillas eléctricas sustituyeron a las lámparas de querosene, y un reflector ideado por mí nos iluminaba sobre el fondo de una cámara negra. También fue modificado el contenido del número para adaptarlo a la cultura de la alta sociedad. Todo cambió, en verdad. A tío Santiago le robaron su tiempo las manifestaciones anticlericales y más de una vez lo salvamos de la policía, en ocasión de ciertos incendios de los que alguien debía hacerse cargo. Sólo colaboraba con nosotros cuando se escondía en el vientre del ganso huyendo de alguna de las suyas. Enriqueta me dijo un día que ella también iba a dejar el espectáculo porque estaba cansada de mi voracidad, quería que viviéramos tranquilos de la renta de nuestra tierra, tuviéramos hijos, hiciéramos un viaje a Europa y en un

futuro cercano volviéramos a Dios. No me di cuenta de lo que estaba pasando con ella: había madurado. Yo solo controlaba el tiempo exageradamente lento de mi reloj de cuarzo, dejaba que se confundieran en mi memoria el tropel de acontecimientos que no tuvieran que ver con la acumulación de oro. Necesitaba la seguridad que yo no podía darle y sí en cambio Pablo Estrada, cuyas virtudes no eran pintorescas pero ganaban por sensatas en el corazón de esa mujercita. No podía darle más y cerré los ojos cuando alguien me dijo que se veían a escondidas. No tenían coraje para meterse en la cama. Ya no me importaba que lo hicieran, de alguna forma tenía que romper el último lazo que me unía al siglo XIX.

Pero no quise despedirme sin largar toda la bronca. Cuando no venía Santiago lo reemplazaba el muchachito que salvé de Victorica, tan despierto que aprendió enseguida el manejo del grabador, hacía pocas preguntas y aceptó las reglas del juego que le planteé. Le escribí lo que debía repetir frente al micrófono, cuidando de que su voz saliera clara por el amplificador de la boca del ganso. En fin, le di las instrucciones para que hiciera funcionar el monitor—sonido o enganchara la cinta, grabada con ruidos y voces de personajes como Sarmiento, Hernández o Irigoyen, a los que hacía repetir cosas ya dichas en los debates parlamentarios. Le gustaba muchísimo compartir el secreto. Para desmentir la creencia de que era un acto de ventriloquía, hice cantar al ganso mientras yo tocaba la harmónica o bebía una botella de té que parecía licor, o me sentaba entre el público fervoroso con la boca llena de trapos. Una de las variantes “cultas” fue que propusieran sumas, de hasta cinco cifras, y el ganso contestaba de inmediato, para aumentar el asombro de la concurrencia. A veces me deleitaba con verdaderas joyas de antojo futurista:

*Tengo una amiga muy lejos,  
peine, navaja y jabón;  
y un matungo manso y viejo  
que se llama Juan Perón.*

O tomaba el pelo a iniciativas burladas con solo el paso del tiempo.

*La más hermosa letrina  
es para el indio sotreta  
aquella zanja de Alsina  
donde se orina y defeca:  
abono que no se vende  
pero que ofusca y ofende.*

El plato fuerte seguía siendo el oráculo. Yo no caí en la cuenta de que no era lo mismo hacer un vaticinio en la campaña que hacerlo allí, en medio de banqueros, militares y terratenientes. Allá podía enojar al Juez de Paz, como cuando hice la defensa de Moreyra por la muerte de Sardetti y advertí que la leyenda lo reivindicaría, o aquella vez que previne a los vascos de la turba xenófoba que preparaba su asesinato masivo en el pueblo de Quilmes. Acá era como prenderle fuego a una santabárbara. Si una noche cualquiera el ganso “cantaba” que el precio del oro bajaría, todo el mundo corría a vender (y entonces compraba yo) aunque después advirtiera que no debían hacer caso “de lo que dice un animal”. Lo mismo si adivinaba que en las elecciones de cierta parroquia habría fraude, o que algunos señores descontentos tramaban un golpe

militar. No les gustaba escuchar lo que dirían los libros de Historia. En muchos creció la intriga por saber de dónde sacaba esos datos. Empezaron a vigilarme. Predije la inminencia de una guerra civil si los señores fulano y mengano, que luchaban por la presidencia de la República, no hacían concesiones para lograr la paz. Dije también dónde guardaba las armas cada uno, pero fingí no saber quién iba a ganar las elecciones. Ya había descubierto a ese Teniente Alcalde que trataba de pasar desapercibido, ahora vestido de civil.

La noche del último espectáculo denuncié las consecuencias funestas que traerían la dependencia económica con Inglaterra y la especulación descarada de “los amigos del gobierno”, enriquecidos a su amparo, oponiendo un cerrojo feroz al reparto de las tierras ganadas al desierto. Sabía que eso no les iba a gustar. Casi la mitad del público silbó a mi atrevimiento antes de abandonar la sala. Los que se quedaron, no menos ofuscados, me reprocharon que yo también había entrado en el juego, y no veían por qué criticaba la libertad de comprar y vender en un país democrático. Me insultaron, arrojaron al escenario toda suerte de objetos con una puntería digna de profesionales. Ya no quedaba nada por hacer allí. Me cambié de ropas sin despertar a Enriqueta, llené dos bolsos con oro y, después de ocultarlos, volví al teatro para recuperar el grabador. Era consciente de que no podía perder un minuto si deseaba salvar el pellejo, pero no calculé que fuera imprudente ir allí. Cuando puse el pie detrás de bambalinas varios hombres se me echaron encima. No pude intentar nada. Antes de vendarme los ojos me obligaron a ver la escena más atroz de mi vida: a un costado el cuerpo de mi ayudante se desangraba. Y más allá, después de arrojar al vientre del ganso todos los libros, el grabador y la cinta con las voces de los próceres, el Teniente Alcalde prendió fuego a la estructura de madera. No me dejaron siquiera gritar esa impotencia enjugada por la muerte de un mito indefenso. Justo Victorica tiene los ojos brillantes. Imagino saborea el triunfo que lava con creces su frustración de no poder someterme a la ley. Se acerca, su risa es un presagio de lo que viene a decirme: “Este es el fin de los que saben mucho y hablan demasiado”.

Ya no soporto ese dolor intenso que invade mi cuerpo. De tanto gritar se me ha secado la garganta, o de tanto respirar, qué más da. Los otros hombres se han ido. El Teniente Alcalde descansa al pie de la ventana sin quitar los ojos de mi cuerpo desnudo. ¿Qué nueva humillación está pensando? No sé si no he quedado estéril de tanta saña. Me arden las quemaduras de cigarrillo, las muñecas laceradas por el cuero mojado. No he perdido el conocimiento ni la memoria. Luisa, los chicos, mi amigo. Tiene que haber un camino para salvar la vida.

—La historia del ganso no se sabrá nunca. Nadie se acordará de nosotros —he logrado que me preste atención—. No tiene por qué matarme.

—Me han pagado para eso.

—¿Quién?

—Yo soy quien pregunta.

—Está bien.

—¿Vas a hablar?

—Si me promete guardar el secreto.

Duda, pero al fin acepta. Me desata. Los otros hombres no volverán porque esa es la orden impartida. Le pido la ropa.

—A ver si ahora cantás como Dios manda.

Le cuento. Le digo todo con lujo de detalles, lo entero de que es el único ser en el mundo que sabe mi origen. Ni Enriqueta ni Luisa ni Osvaldo, nadie, nunca. No me cree. No tengo cómo rescatar mis cosas, el reloj de cuarzo no le parece prueba suficiente. Le digo cómo es la ciudad el siglo XX, le hablo de los automóviles, de los aviones, de ciertos avances como la microcirugía o el viaje a Saturno. Trato de enumerarle todo lo nuevo. Me escucha pasmado. Le explico el funcionamiento del grabador, le hablo del teléfono, de los satélites, le cuento que millones de personas en el mundo pueden ver al instante una carrera en la pantalla del televisor. Le hablo después de lo que dicen los libros de Historia, no me quiere creer lo de la interminable crisis económica. “¿Todavía hay crisis?” pregunta. No entiende bien lo del hormiguero mágico.

—Es sencillo. Hay que tener imaginación y voluntad. He ido y he vuelto ya una vez, lo he deseado y he pensado en Luisa con amor, la imaginé radiante, su cuerpo, sus cabellos... Ella en la ciudad y en la casa. Encontré el agujero sin dificultad. Cuando quise volver busqué la imagen de Enriqueta y del ganso.

—Si yo quisiera ir —se detiene—, ¿qué debería imaginar?

—¡Lo llevo yo!

—No.

—¡Vamos juntos!

No acepta. Quiere comprobar por sí mismo todo lo que le dije. Me trae una carbonilla y le dibujo sobre la pared más blanca una esquina de la ciudad, los rascacielos, la calle con los vehículos que habrá de encontrar, gente caminando sobre las veredas en proporción con el conjunto. Trato de repetir el dibujo de una maqueta que Osvaldo había encargado sobre los planos de una torre de departamentos. Mira boquiabierto un avión cuyas dimensiones reales le hago conocer. “Póngase ropas de paisano para que pueda pasar desapercibido”. Le indico la ubicación del hormiguero, de este lado en relación con el boliche de Sardetti, del otro con mi casa. Le ruego que no alarme a Luisa si la ve.

—De ser verdad te irás —gruñe—. Pero tendrás que pagar muy bien por tu cochina vida.

Al fin acepta el maldito. El trato es así: debo esconderme hasta que logre hallar ese agujero en la tierra, todo el tiempo que sea necesario. Estoy seguro que lo encontraré. A cambio le doy los datos que le prometí: quiere saber quién ganará las elecciones. Dos días antes cobraba unos pesos para liquidarme y ahora una fortuna para dejarme con vida. Me mira exhausto, apesadumbrado por la envergadura del descubrimiento que debe compartir y deslumbrado a la vez por la magnificencia del progreso. Se sienta a fumar sin decidirse. Lo apuro.

—¡Es maravilloso!

—¿Te has convencido? —me animo a tutearlo.

—No hay palabras...

—¿Pero te has convencido?

—Sí, sí, todo es hermoso...

Cuenta que después de andar y andar llegó a mi casa, a pie para no perderse, recorriendo las calles de sur a norte o viceversa según fuera el destino. Había

desandado a pie juntillas el croquis que le hice. Le gustó el chalet porque no se parece a las casitas humildes ni a los edificios que abundan del otro lado de la avenida. Me habla de los rosales, del gomero, dice que es verano y el agua de la pileta luce la frescura limpia que dejé cuando partí. Se entera de que es herencia de mi mujer.

—¿La viste?

Mueve la cabeza como si afirmara, pero casi imperceptiblemente.

—¿La viste o no?

Dice que era la siesta y nada ni nadie lo detuvo en su recorrida. Miró hacia adentro. Iba a pedir un vaso de agua para hablar con ella, todo estaba tranquilo aunque cierto rumor llegaba de algún lado.

—No sé qué maldita costumbre me llevó a entrar. Tengo que decírtelo —se para frente a mí—. ¿Tu mujer es así?

La describe con una minucia que ni yo mismo hubiera podido precisar.

—Es ella. ¿Le dijiste algo?

—No. Estaba acostada.

—¿Dormía?

—No, no.

—¿Entonces?

—Estaba despierta. Escuché ruidos y subí, quería ver si encontraba a alguien.

—¿Y por qué no hablaste con ella?

Fuma en silencio un cigarrillo que no se acaba nunca. Tengo miedo.

—Porque no estaba sola. ¿Me entendés? No estaba sola.

—¿Cómo?

—No me hagas que lo repita.

Quizá el tordillo jamás llevó un jinete tan inseguro y llorón sobre su lomo. Vamos en busca del hormiguero para sellar el acuerdo que habrá de separarnos. No puedo quitar de mis pupilas la hoguera que consume la madera noble del ganso, su voz me persigue inexorable. Una guitarra se aventura en la frontera de la noche tejiendo las primeras notas de un tango, la sombra del Teniente Alcalde es tan inverosímil como el conjunto que imita. No alcanzo a comprender. Le hago repetir la descripción de Luisa con la esperanza de que algún error se imponga, pero hay un detalle decisivo. “Le gusta que le muerdan la espalda”. Nos hemos detenido y comienzo a buscar el agujero. Me agota la certeza de la infamia. Del hombre no caben dudas: “tiene los cabellos rojos”. Pienso, me debato en el cálculo de un luto exageradamente breve mientras cavo con las uñas en el barro. Justo Victorica pide que me apure. ¿Cómo es posible? Ya no está donde estaba el hormiguero. No debo dejar que la locura ataque, él tiene el oro y yo ese plazo exiguo para irme. ¿Por qué no encuentro el camino? Insiste, me recuerda que no es difícil, y no se da cuenta de que me niego a encontrarlo. Quiero hacerlo, pero en el fondo de mí se oculta la terrible verdad. “No puedo”, le confieso. Me mira sin piedad porque él ha cumplido su parte. No entiende esas palabras, son sinceras pero insuficientes para explicar mi impotencia. No es necesario decirle que el dolor que me tiene postrado, quién sabe hasta cuándo, se debe a que no puedo o no quiero imaginarlos juntos.

